

Publicado: Jueves, 25 Febrero 2016 02:22

Escrito por religionenlibertad.com

---



*Millones de personas asistían a la misa por el magistrado del Tribunal Supremo de EE.UU.*

*Por su contenido y por su repercusión, la homilía del padre Scalia en el funeral de su padre ha alcanzado una histórica dimensión evangelizadora.*

En la noche del 12 al 13 de febrero, mientras dormía, falleció inesperadamente **Antonin Scalia** (1936-2016), juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, cargo para el que fue nombrado por **Ronald Reagan**.

Scalia, casado en 1960 y padre de nueve hijos, era uno de los más prestigiosos juristas del país y católico practicante y, sobre todo, coherente con su fe en sus decisiones como miembro del Tribunal.

Con su muerte la composición del tribunal se desequilibra en favor del ala progresista, pues él formaba parte de los magistrados partidarios de interpretar la Constitución literalmente y conforme a su espíritu fundacional, y no de forzarla y reinterpretarla conforme a presiones ideológicas, como sucedió en las sentencias a favor del aborto y del matrimonio homosexual. Scalia suscribió un voto particular contra esta última, donde la calificaba como "golpe de Estado judicial".

En torno al nombramiento de su sustituto se ha abierto una enconada polémica política, pues el Partido Republicano considera que debe ser el próximo presidente quien proponga un candidato, y no **Barack Obama**, quien ya ha mostrado su intención de hacerlo, a pesar de que probablemente sea vetado.

### Una homilía histórica

El pasado sábado 20 de febrero, en la basílica del templo nacional de la Inmaculada Concepción en Washington, D.C., tuvo lugar el funeral por su alma, cuya homilía pronunció su hijo **Paul Scalia**, sacerdote de la diócesis de Arlington (Virginia) y celebrante principal.

El impacto de su intervención ha sido extraordinario. Varias cadenas de televisión retransmitían en directo la misa, y desde luego todas informaron de ella y recogieron lo esencial de sus palabras. El padre Scalia, en vez de centrar su sermón en su padre, lo hizo en la proclamación de las verdades esenciales de la fe, aprovechando la repercusión nacional del acto para un impresionante momento evangelizador. Modelo de pieza oratoria fúnebre, la homilía se ha convertido en noticia por sí misma, siendo reproducida en su integridad, por escrito y en vídeo, por numerosos medios de comunicación.

"En el funeral de su padre, el padre Scalia proclamó el Evangelio ante toda la nación", titula el [National Catholic Register](#) en un artículo donde **Joan Desmond** destaca que "el contenido teológico en las homilías funerarias es más importante hoy, cuando cada vez tienen lugar menos matrimonios por la Iglesia, porque un funeral católico ofrece una importante oportunidad catequética para reflexionar sobre nuestra misión en la tierra y sobre el deseo de Dios de que libremente elijamos unirnos a Él en el paraíso".

"Es difícil imaginar un instrumento de evangelización más poderoso que las palabras fieles y sentidas de un hijo amante, parte de una gran familia católica, hablando de sus padres en el cielo y en la tierra", comenta **Kate O'Hare** en [Catholic Vote](#) tras destacar que toda la ceremonia -"para muchos, la primera misa que veían"- fue "hermosa, solemne, reverente". La información se titula "La vida surge de la muerte: cómo el funeral de Scalia se convirtió en un triunfo de la evangelización".

"El padre Scalia sabía que iba a hablar ante miles de personas en el templo y ante cientos de miles, incluso millones, por la televisión", destaca **Michael Pakaluk** en [Crisis Magazine](#) bajo el titular "La belleza de la homilía funeraria del padre Scalia". La alaba por su estructura en tres partes bien definidas, "invitando a los presentes a reflexionar sobre el pasado con la acción de gracias; a mirar el presente, con el dolor; y a mirar al futuro, con la esperanza". Y destaca varias virtudes de las palabras del hijo ante el recuerdo de su padre: evitó el sentimentalismo "aferrándose a las verdades", no cayó en "el error tan común de canonizar al muerto" y "estableció una

vinculación, tan hermosa como absolutamente apropiada, entre su homilía y el sacrificio de la misa que iba a tener lugar inmediatamente".

A continuación ofrecemos la homilía íntegra del padre Scalia, primero en el vídeo grabado en directo, y debajo con la traducción completa de sus palabras.

### Texto íntegro de la homilía del padre Paul Scalia

*Eminencia cardenal Wuerl, Excelencias arzobispo Viganò, obispo Loverde, obispo Higgins, mis hermanos sacerdotes, diáconos, distinguidos invitados, queridos amigos y fieles reunidos aquí:*

En nombre de mi madre y de toda la familia Scalia quiero agradecerles su presencia aquí, sus palabras de consuelo y, más aún, sus oraciones y misas por la muerte de nuestro padre, Antonin Scalia.

En especial quiero darle las gracias al cardenal Wuerl por haber venido tan rápida y amablemente para consolar a nuestra madre. Ha sido un consuelo para ella y, por consiguiente, también para nosotros. Agradezco también que nos hayan dejado celebrar la misa de funeral en esta basílica dedicada a Nuestra Señora. ¡Qué gran privilegio y consuelo permitir que nuestro padre atravesase estas puertas santas para que así gane la indulgencia prometida a todos los que las atraviesan con fe!

Agradezco la presencia de monseñor Loverde, obispo de nuestra diócesis de Arlington, a quien nuestro padre apreciaba y respetaba. Gracias, monseñor, por su rápida visita a nuestra madre, por sus palabras de consuelo y por sus oraciones.

Inmediatamente después de la misa la familia se celebrará el entierro de manera privada, por lo que deseo expresar ahora nuestro profundo agradecimiento a todos ustedes. En el programa habrán observado que el 1 de marzo se celebrará un memorial; esperamos verles a ustedes en esa ocasión. Deseo que el Señor les devuelva la bondad que han demostrado hacia nosotros.

Estamos aquí reunidos por un hombre. Un hombre que muchos de nosotros conocíamos personalmente; otros sólo le conocían por su reputación. Un hombre amado por muchos, despreciado por otros. Un hombre conocido por las grandes controversias y por su gran compasión. Este hombre, naturalmente, es Jesús de Nazaret.

Este es el Hombre que nosotros proclamamos. Jesucristo, hijo del Padre, nacido de la Virgen María, crucificado, sepultado, resucitado, sentado a la derecha del Padre. Es por Él, por su vida, su muerte y su resurrección por lo que no lloramos como los que no tienen esperanza y por lo que, confiados, encomendamos a Antonin Scalia a la misericordia de Dios.

La Escritura dice que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre y esto nos indica un buen camino para nuestros pensamientos y oraciones aquí, hoy.

Efectivamente, miramos en tres direcciones: al pasado, con gratitud; al presente, pidiendo; y a la eternidad, con esperanza.

Miramos a Jesucristo ayer, es decir, al pasado, con gratitud por las bendiciones que Dios le concedió a nuestro padre. La semana pasada muchos han relatado lo que nuestro padre hizo por ellos. Pero aquí, hoy, nosotros contamos lo que Dios hizo por nuestro padre, cómo le bendijo.

Damos gracias ante todo por la muerte purificadora y la resurrección vivificadora de Jesucristo. Nuestro Señor murió y resucitó no sólo por todos nosotros, sino también por cada uno de nosotros. Y nosotros ahora miramos al pasado de su muerte y de su resurrección y damos gracias porque Él murió y resucitó por nuestro padre.

Además, le damos gracias porque le dio una nueva vida en el bautismo, le alimentó con la Eucaristía y le sanó con la confesión.

Le damos gracias porque Jesús le concedió 55 años de matrimonio con la mujer que amaba, una mujer que le seguía en cada paso y le consideraba responsable.

Dios bendijo a nuestro padre con una profunda fe católica: la convicción de que la presencia y el poder de Cristo continúan en el mundo hoy a través de Su cuerpo, la Iglesia. Amaba la claridad y la coherencia de la enseñanza de la Iglesia. Atesoraba en su corazón los ritos de la Iglesia, especialmente la belleza de su culto antiguo. Confiaba en el poder de sus sacramentos como medio de salvación, como Cristo actuaba dentro de él para su salvación.

¡A pesar de que una vez, un sábado por la tarde, me regañó por haber estado en el confesionario esa tarde, ese mismo día! Y si hay algún abogado presente, espero que le sirva de consuelo saber que el alzacuellos no era un escudo contra sus críticas.

La cuestión esa tarde no era el hecho de que yo hubiera estado

confesando, sino de que se dio cuenta de repente de que estaba haciendo fila delante de mi confesionario. Rápidamente se fue. Como me dijo más tarde: "¡Para nada me confieso yo contigo!"

El sentimiento era mutuo. (Risas)

Como es bien conocido, Dios bendijo a papá con un gran amor a su patria. Él sabía bien hasta qué punto fue difícil la fundación de nuestra nación. Y vio en esa fundación, como en los fundadores mismos, una bendición, una bendición que se pierde cuando la fe es apartada de la plaza pública, o cuando rechazamos llevarla a ella. Él entendió que no hay conflicto entre amar a Dios y amar a la patria, entre la fe y el servicio público. Papá entendió que cuanto más profundizase en su fe católica, mejor ciudadano y servidor público sería. Dios le bendijo con el deseo de ser un buen servidor de la patria porque, antes, lo era de Dios.

Los Scalia, sin embargo, damos gracias por una bendición particular concedida por Dios. Dios bendijo a papá con el amor a su familia. Nos ha emocionado leer y escuchar tantas palabras de alabanza y admiración hacia él, hacia su inteligencia, sus escritos, sus palabras, su influencia...

Pero lo más importante para nosotros -y para él- es que él era papá. Era el padre que Dios nos dio para la gran aventura de la vida familiar. Sin duda a veces olvidaba nuestros nombres o los confundía... ¡pero es que éramos nueve! (Risas.)

Él nos quería y procuraba mostrar ese amor. Y quería compartir la bendición de la fe, que veía como un tesoro. Y él nos dio unos a otros, para que nos apoyásemos mutuamente. Es el mayor bien que los padres pueden dar, y precisamente ahora les estamos especialmente agradecidos por él.

Así que miramos al pasado, al Jesucristo de ayer. Recordamos todas estas bendiciones, y honramos y glorificamos al Señor por ellas, porque son Su obra. Miramos a Jesús hoy, en petición, para el momento presente, aquí y ahora, como lloramos a alguien a quien queremos y admiramos, cuya ausencia nos duele. Hoy rezamos por él. Rezamos por el descanso de su alma. Agradecemos a Dios por su generosidad con papá porque es justo y necesario. Pero también sabemos que, aunque papá creía, lo hacía imperfectamente, como el resto de nosotros. Él buscaba amar a Dios y al prójimo, pero como el resto de nosotros lo hacía imperfectamente.

Era un católico practicante: "practicante" en el sentido de que no era perfecto. O, mejor aún, de que Cristo aún no le había hecho perfecto.

Y sólo aquellos a quienes Cristo perfecciona pueden entrar en el cielo. Estamos pues aquí para elevar nuestras oraciones por ese perfeccionamiento, por esa obra final de la gracia de Dios, y para liberar a Papá de toda carga de pecado.

Pero no soy yo quien lo dice. Papá mismo, y no es sorprendente, tenía algo que decir al respecto. Escribiendo hace años a un ministro presbiteriano cuyo servicio funerario admiraba, resumió muy bien los inconvenientes de los funerales y por qué no le gustaban los panegíricos: "Incluso si el muerto era una persona admirable, es más, precisamente si el muerto era una persona admirable, elogiar sus virtudes puede hacernos olvidar que estamos pidiendo y dando gracias por la inexplicable misericordia de Dios hacia un pecador".

Él no habría hecho ahora una excepción consigo mismo. Así que estamos aquí, como él quería, para pedir la misericordia inexplicable de Dios hacia un pecador. Hacia este pecador, Antonin Scalia. No le mostremos un falso amor y no consintamos que nuestra admiración le prive de nuestras oraciones. Sigamos mostrándole cariño y haciéndole un bien rezando por él: que toda sombra de pecado sea lavada, que todas las heridas queden sanadas, que él sea purificado de todo lo que no sea Cristo. Y que así descanse en paz.

Finalmente miremos a Jesús para siempre, en la eternidad. O mejor, consideremos nuestro propio lugar en la eternidad y si será con el Señor. Aunque estemos rezando para que papá entre pronto en la gloria eterna, debemos preocuparnos de nosotros mismos. Cada funeral nos recuerda qué delgado es el velo entre este mundo y el venidero, entre el tiempo y la eternidad, entre la oportunidad de la conversión y el momento del juicio.

Así que no podemos irnos de aquí sin cambiar. No tiene sentido celebrar la generosidad y la misericordia de Dios hacia papá si no estamos atentos y sensibles a esas realidades en nuestra propia vida. Todos debemos permitir que este encuentro con la eternidad nos cambie, nos aleje del pecado y nos lleve a Dios.

El dominico inglés Bede Jarrett lo dijo con gran belleza en su oración: "¡Oh, poderoso hijo de Dios, mientras preparas un lugar para nosotros, prepáranos también para ese lugar feliz, y que estemos contigo y con aquellos a quienes amamos por toda la eternidad!".

**Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre.**

Queridos amigos, eso es también la estructura de la misa, la mayor oración que podemos ofrecer por papá, porque no es nuestra oración, sino la oración del Señor. La misa mira a Jesús ayer. Llega hasta el

Publicado: Jueves, 25 Febrero 2016 02:22

Escrito por religionenlibertad.com

---

pasado -hasta la Última Cena, la crucifixión y la resurrección- y hace presentes esos misterios y su poder sobre este altar. Jesús mismo se hace presente aquí hoy bajo las especies de pan y vino para que podamos unir todas nuestras oraciones de acción de gracias, de tristeza y de petición a la de Cristo mismo como ofrenda al Padre. Y todo esto con una visión de eternidad, estirándose hacia el Cielo, donde esperamos un día disfrutar de esa perfecta unión con Dios mismo y ver de nuevo a papá y, con él, regocijarnos en la comunión de los santos.

Traducción de **Helena Faccia Serrano** y **Carmelo López-Arias** para [religionenlibertad.com](http://religionenlibertad.com).